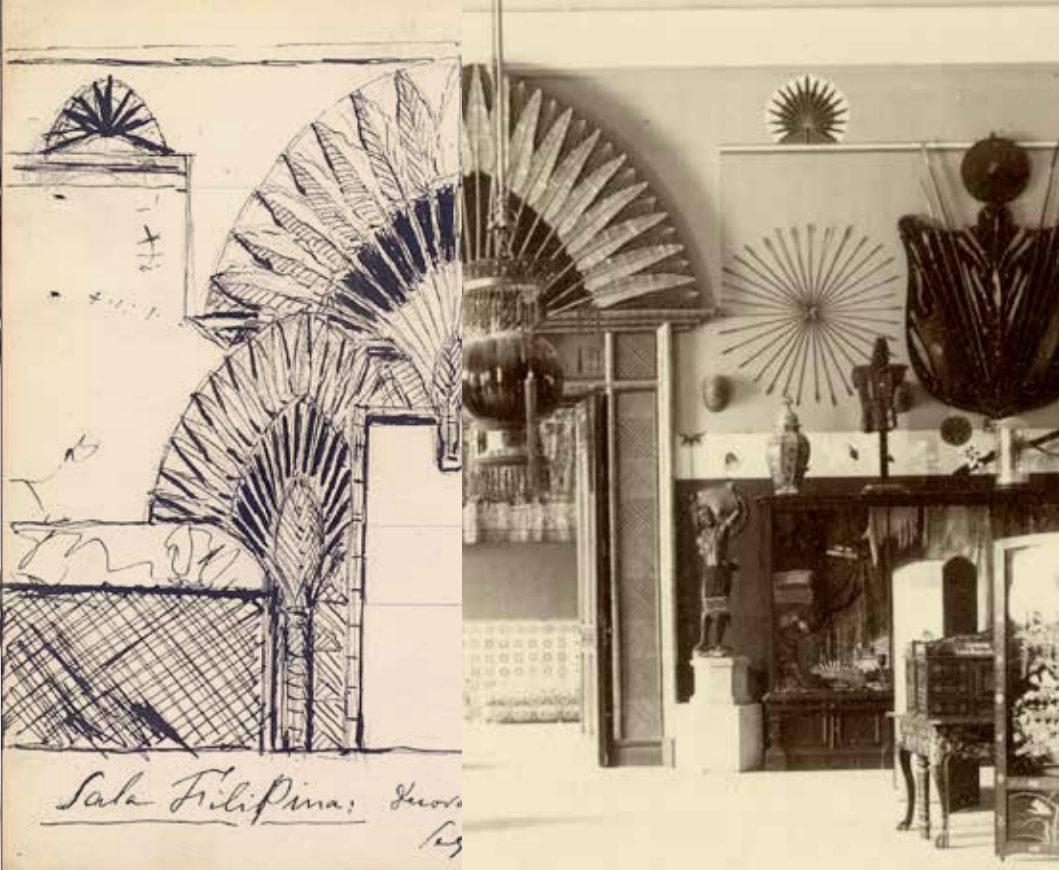
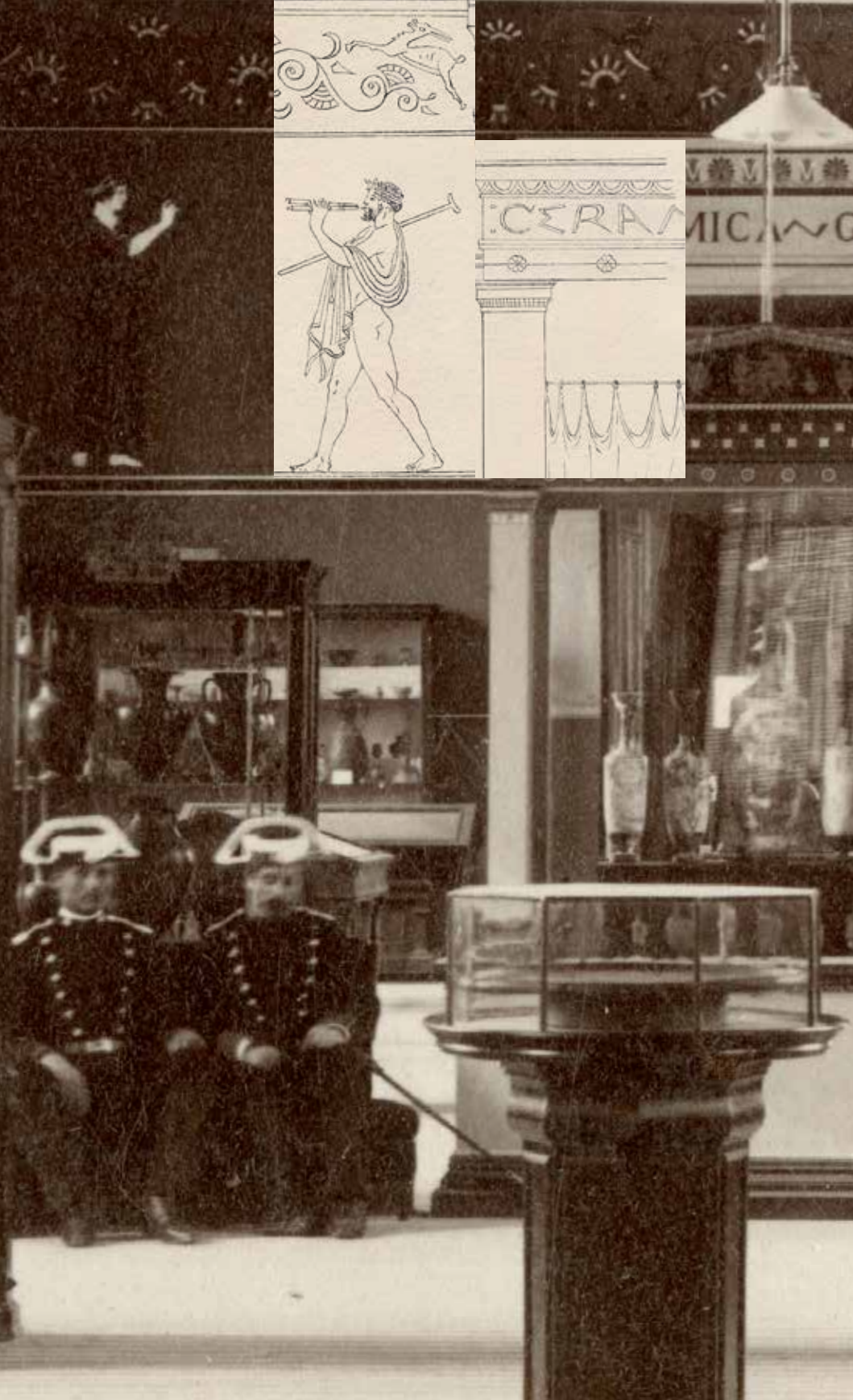


LA EXPOSICIÓN HISTÓRICO-NATURAL Y ETNOGRÁFICA DE 1893



LA EXPOSICIÓN HISTÓRICO-NATURAL Y ETNOGRÁFICA DE 1893

Edición científica a cargo de **Javier Rodrigo del Blanco**

Catálogo de publicaciones del Ministerio: www.mecd.gob.es
Catálogo general de publicaciones oficiales: publicacionesoficiales.boe.es

Edición 2017

Diseño y maquetación: Ángel Merlo (www.dossintres.com)



MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

Edita:

© SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA

Subdirección General de Documentación y Publicaciones

© De los textos y de las imágenes: sus autores y/o titulares de derechos.

NIPO: 030-17-027-6

ISBN (IBD): 978-84-8181-682-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

- 9** Agradecimientos
- 11** Introducción
- 15** Fotografías de la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica
- 53** La organización de la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica
- 75** Contexto histórico: visión desde Europa
- 93** La Exposición Histórico-Americana como precedente de la participación hispanoamericana en la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica
- 105** Contexto disciplinar: historia natural y etnografía a finales del siglo XIX
- 125** El Palacio de Biblioteca y Museos Nacionales: contexto urbanístico y arquitectónico
- 145** La Exposición Histórico-Natural y Etnográfica de 1893 y su contexto museográfico
- 169** Evolución de la prensa en la segunda mitad del siglo XIX
- 187** La fotografía en el siglo XIX
- 199** Breves notas acerca de las fotografías de la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica conservadas en la Biblioteca Nacional y en el Museo Arqueológico Nacional
- 207** Las exposiciones conmemorativas del IV Centenario del Descubrimiento: los archivos y el «renacimiento» del americanismo
- 225** La Biblioteca Nacional y la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica
- 243** Geología y minería en la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica de 1893: objetos conservados en el Instituto Geológico y Minero de España (Madrid)
- 255** Colecciones del Museo de América en la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica
- 271** El Museo Nacional de Artes Decorativas y la colección oriental del Museo Arqueológico Nacional
- 279** El Museo Nacional de Antropología: de los orígenes a una perspectiva intercultural
- 295** La participación de piezas del Tesoro del Delfín del Museo del Prado en la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica
- 309** La Conquista de Túnez. El valor histórico de los tapices de Patrimonio Nacional y su proyección expositiva
- 325** La participación del Museo Arqueológico Nacional en la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica de 1893

La Exposición Histórico-Americana como precedente de la participación hispanoamericana en la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica¹

Ascensión Martínez Riaza (amriaza@ghis.ucm.es)

Universidad Complutense de Madrid

Pilar Cagiao Vila (mpilar.cagiao@usc.es)

Universidad de Santiago de Compostela

En la agenda oficial del IV Centenario, las exposiciones ocuparon un lugar destacado. La «Exposición Histórico-Americana» (EHA) concentró el interés y los esfuerzos de las repúblicas americanas y fue la que tuvo la mayor proyección internacional. La participación en la «Exposición Histórico-Natural y Etnográfica» (EHNE) no estaba prevista. Como ya se ha tratado en otros apartados, fue una decisión tomada por el Real Decreto de 25 de marzo de 1893, que disponía que las dos exposiciones históricas, la EHA y la «Exposición Histórico-Europea» (EHE), se fundieran en una sola, que permanecería abierta al público hasta el 30 de junio. Para entonces, las delegaciones de las repúblicas americanas ya habían decidido qué piezas se trasladarían a la

gran exposición de Chicago, «The World's Columbian Exposition», cuáles retornarían y cuáles serían donadas a España.

Por esa razón, y por la premura de tiempo, los materiales que finalmente se exhibieron en la EHNE no fueron numerosos ni habían sido seleccionados de manera rigurosa entre los mostrados en la EHA. De las 24 salas abiertas en la planta entresuelo del Palacio de Biblioteca y Museos Nacionales, solo cuatro fueron nítidamente americanas: la sala III, dedicada al Perú; la V, a Guatemala; la X, a las culturas precolombinas; y la IV, a las postcolombinas. Ni siquiera, a diferencia de la EHA, se elaboró un catálogo que permitiera conocer fehacientemente el número y el tipo de objetos que allí se presentaron.

¹ Este trabajo ha sido realizado en el marco del proyecto de investigación «Donde la política no alcanza: el reto de diplomáticos, cónsules y agentes culturales en la renovación de las relaciones entre España e Iberoamérica, 1880-1939» (HAR2014-59250-R) financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

Y es que, realmente, fue la EHA la gran apuesta de los países americanos en el IV Centenario, el escenario para mostrar al mundo, en muchos casos por vez primera, su riqueza arqueológica y etnográfica, la que movilizó esfuerzos humanos y económicos y la que ha dejado rastro documental y material.

Con las singularidades de cada caso, en la decisión de las repúblicas hispanoamericanas de participar influyeron distintos factores. El período coincide, por un lado, con el deseo generalizado de extender sus relaciones exteriores y concurrir a los foros internacionales. Por otro, y en lo que atañe concretamente a España, en ese momento se estaba produciendo la consolidación de la actividad diplomática no sólo a través de la firma de tratados de paz y amistad, sino que, también, a petición de las partes, se encontraba mediando en conflictos de límites entre vecinos, caso del Perú y Ecuador o de Colombia y Venezuela. Además, en algunos países las élites en el poder se alineaban en el modelo de hispanoamericanismo auspiciado por España.

La EHA concitó especial interés y contó con la participación de Argentina, Bolivia, Colombia, Costa Rica, Estados Unidos, Ecuador, Guatemala, México, Nicaragua, Perú, República Dominicana y Uruguay. Estuvieron ausentes Chile, Honduras, El Salvador, Paraguay y Venezuela, mientras que Cuba y Puerto Rico, aún colonias, fueron incluidas en la sección española. La muestra madrileña constituía una plataforma idónea para mostrar el estado de civilización en que se encontraba la población antes del descubrimiento –y, por lo tanto, contribuir al refuerzo de cada una de las identidades nacionales–, así como para ponderar y valorar lo que había sido la aportación española. Por otra parte, a través de las campañas de localización y clasificación de piezas se incorporaron

al patrimonio cultural objetos de incalculable valor histórico, antropológico, arqueológico y etnográfico (Muñoz, 2013).

El camino no estuvo exento de obstáculos. La inestabilidad política y la falta de recursos condicionaron en varios casos la cantidad y calidad de las colecciones. México, Colombia y Costa Rica estuvieron en primera línea, mientras que la aportación de Argentina, que sólo envió a Madrid una serie de cien de láminas, y la República Dominicana –con una modesta muestra de 48 piezas y una colección de estampas– o países andinos como Bolivia y Ecuador fue muy reducida. En relación con ello estuvo el número o profesionalidad de las delegaciones, que en algunos casos se circunscribieron a los miembros de las legaciones residentes en ese momento en Madrid. Aún así, el escritor peruano Ricardo Palma calculó que más de trescientos latinoamericanos habrían cruzado el Atlántico para asistir no sólo a la exposición sino también al resto de los eventos conmemorativos del IV Centenario en el que ésta estaba incluida (Sánchez, 2003).

Los catálogos son el principal recurso para reconstruir el número y el tipo de piezas que cada país exhibió. Cada república elaboró un catálogo individualizado, que luego se recogió en un catálogo general.

En **México**, el Gobierno de Orden y Progreso de Porfirio Díaz aceptó muy pronto la invitación a participar en el IV Centenario. Suponía situar al país en un tablero que interesaba a una política exterior alarmada por la posición hegemónica que iban ganando los Estados Unidos. Era también el triunfo de la corriente de hispanistas que priorizaban las relaciones culturales como vínculo con España y el resto de las repúblicas hispanoamericanas.

La EHA concentró los mayores esfuerzos. El 9 de mayo de 1891 se constituía la Junta Colombina, que tomaba como sede el Museo Nacional de México, para reunir, organizar, seleccionar y clasificar los materiales. Estuvo compuesta por Joaquín García Icazbalceta, Alfredo Chavero, José María Vigil, José María de Agreda, Francisco Sosa y Francisco del Paso Troncoso, que sería el autor del catálogo mexicano (Paso, 1892-1893). La primera tarea fue seleccionar piezas del Museo Nacional duplicadas o que no habían sido hasta entonces expuestas al público. Con el propósito de ampliar la cobertura geográfica, la Junta Colombina pidió a los gobernadores de los estados que enviaran fotografías de ruinas y otros elementos que completaran el mapa de las riquezas prehispánicas. Para incrementar el número de fondos, se realizaron expediciones a lo largo de distintos estados, que además dieron como resultado nuevos descubrimientos, como las ruinas de Cempoala.

Se incorporaron colecciones privadas, como la adquirida al coleccionista alemán José Dorenberg, más de 3000 piezas de barro y piedra policromados, oro, obsidiana y hueso; las cedidas por el arzobispo de Antequera de Oaxaca y Francisco Plancarte, cura de Tacubaya, que incluía excepcionales cráneos tarascos. Incluso Porfirio Díaz ofreció una colección de objetos de barro y una caja con piezas para el baile. En el Museo Nacional se establecieron talleres de imprenta, dibujo, litografía y vaciados, así como un laboratorio fotográfico para reproducir objetos que no serían transportados físicamente a España.

Al final de la campaña habían sido reunidas aproximadamente 17 000 piezas bajo la atenta mirada de del Paso y Troncoso. La delegación mexicana fue una de las más numerosas.

Estuvo formada por el general Vicente Riva Palacios, jefe de la Comisión, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Madrid; Francisco del Paso y Troncoso, director del Museo Nacional de México y presidente de la Comisión; y por los comisionados Francisco de Sosa, Manuel Payno, cónsul en Barcelona, y Manuel Gómez Velasco, cónsul en Madrid. Y les acompañaban una serie de auxiliares. La sección de México llegó a ocupar cinco pabellones del Palacio de Biblioteca y Museos Nacionales (Ramírez, 2009). Después algunos objetos y fotografías se donaron al Museo Arqueológico Nacional y la mayor parte se trasladó a la exposición de Chicago.

En **Colombia**, las élites conservadoras habían defendido el descubrimiento como el momento fundacional de la nación, en el marco de una concepción positivista que relacionaba la llegada de la raza blanca con la entrada de América en la civilización. Una muestra expresiva de la misma aparece en los escritos de la colombiana Soledad Acosta de Samper relacionados con la exposición y aparecidos en la revista *El Centenario* (Sánchez, 2002).

La respuesta entusiasta a la invitación para participar en la misma tuvo una motivación adicional. El 16 de marzo de 1891 se había dictado el laudo de la Corona en el litigio que mantenían Venezuela y Colombia, a la que se reconocían derechos sobre la margen izquierda del río Orinoco, y el presidente conservador Carlos Holguín, que había participado en el restablecimiento de relaciones diplomáticas y había ejercido de representante en Madrid entre 1882-1886, quería corresponder con una aportación excepcional a los festejos del IV Centenario. En junio se constituía la Comisión de las Exposiciones de Madrid y Chicago, que durante meses

solicitó piezas en préstamo o alquiler. Y entonces se cruzó el Tesoro de los Quimbayas. En noviembre del año anterior unos guaqueros habían localizado en la región del Quindío (Filandia) unos objetos de incalculable valor, que el italiano Vedobelli se encargó de clasificar en el *Catálogo de la Colección Filandia*. Conocedor el presidente Holguín de las noticias y ante la premura de cumplir con los plazos para estar a tiempo en Madrid decidió adquirirla por 10 000 pesos oro. En un informe al Congreso de 20 de julio de 1892, explicaba que, en agradecimiento por la gestión de España en el conflicto de límites, el llamado Tesoro de los Quimbayas iba a ser expuesto en la EHA y luego donado a España. Sin embargo, no fue su Gobierno, sino el de sus sucesores Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro quienes ejecutaron la iniciativa.

El catálogo colombiano (Catálogo Colombia, 1892), que se reproduce en el *Catálogo general* (1892-1893, tomo I), explicaba cómo se había organizado y cuáles eran las procedencias de las distintas aportaciones. En primer lugar estaban las piezas de origen chibcha (404) procedentes de colecciones privadas (entre ellas las de Vicente Restrepo y Carlos Uribe) y objetos comprados por la Comisión de las Exposiciones. Su propósito era «ilustrar la historia de la nación Chibcha, explicar sus creencias y símbolos, conocer sus costumbres y juzgar de sus adelantos» (Catálogo general, 1893: 8).

Se subrayaba que la aportación de mayor valor científico y económico era la de las «antigüedades de la tribu de los quimbayas», compuesta por objetos de orfebrería de oro y cobre, cerámica de colecciones particulares y fotografías inéditas hasta un total de 1012 objetos. Una parte era «la colección obsequiada por el gobierno de Colombia a S.M. la Reina de España», formada por piezas de orfebrería de

oro y cobre, que iban desde cuentas de collar a pororos, estatuillas, alfileres, recipientes, silbatos, cascos, cuencos, narigueras, orejeras, collares, pasadores, dijes, pendientes y cascabeles (era la colección del Gobierno procedente de las guacas de La Soledad, cerca de Filandia) (Catálogo general, 1892-1893). Además, las antigüedades quimbayas incluían piezas de cerámica, una parte comprada por la Comisión del Gobierno y otra proveniente de colecciones privadas, y fueron éstas las que se trasladaron a Chicago y permanecen en el Museo Field de la ciudad (Gamboa, 1998-1999). En tercer lugar Colombia enviaba piezas de Antioquia, de oro, cerámica y hueso, además de fotografías inéditas y figuras copiadas de colecciones privadas. Del Cauca se habían reunido 105 piezas y de las tribus chiriquí se presentaban más de 200 piezas de cerámica de colecciones privadas (obispo de Panamá, Restrepo y Pizano). Por fin, Tolima sólo estaba representado por unos pocos objetos de cerámica y piedra.

Después de ser expuesta en la EHA, el día 4 de mayo de 1893 en el acto de apertura de la EHNE, el ministro plenipotenciario colombiano Julio Betancourt entregaba la llave de la vitrina que guardaba el Tesoro de los Quimbayas a la regente María Cristina. Su destino fue el Museo Arqueológico Nacional, donde permaneció en una sala especial. Durante la «Exposición Iberoamericana» de Sevilla de 1929, el Museo lo prestó al Gobierno de Colombia para que fuera mostrado en su pabellón (Gamboa, 1992, 1998-1999; Martín, 1993; Muñoz, 2013). Finalmente, en 1945 fue trasladado al Museo de América de Madrid. El catálogo publicado por el Museo del Tesoro de los Quimbayas comprende 134 referencias.

En el caso del **Perú**, el arbitraje de la Corona en el litigio de límites que este país mantenía con Ecuador, que se extendió

de 1887 a 1910 y en el que el Rey acabaría inhibiéndose, planeó en la manera en que las dos repúblicas andinas se presentaron. En cuanto al Perú hay que recordar que Cánovas del Castillo estaba casado con Joaquina de Osma, hija del que había sido representante diplomático del Perú en España, Joaquín José de Osma, y de Ana de Zavala y de la Puente, marquesa de la Puente y Sotomayor. Su residencia del palacio de La Huerta se convirtió en un lugar muy cotizado de encuentro de políticos e intelectuales españoles e hispanoamericanos. En 1890 había ganado las elecciones el coronel Remigio Morales Bermúdez después de un tiempo de inestabilidad política y las relaciones con España pasaban por un tiempo de afianzamiento.

Para reconstruir la participación del Perú en la exposición se puede acudir a dos de los protagonistas centrales, el ministro plenipotenciario en España, Pedro Alejandrino del Solar, y el comisionado oficial para los actos del IV Centenario, el escritor Ricardo Palma, reconocido hispanista. El 23 de septiembre de 1891, del Solar daba cuenta al ministro de Relaciones Exteriores del Perú del interés que le había mostrado Cánovas porque la presencia del Perú estuviera a la mayor altura posible. El ministro añadía que, en comparación con el Ecuador, se debía dar la mejor de las imágenes y se permitía una sugerencia: que, como se había hecho para la exposición de Chicago, se formara una comisión de notables, que gestionara que se enviaran piezas representativas de las distintas culturas y que se hicieran fotografías de monumentos históricos, ruinas de templos, ciudades indias y fortalezas que mostraran la riqueza de las antigüedades del Perú. Recomendaba por fin que el Gobierno consiguiera que los gastos de traslado y devolución de las piezas corrieran a cargo de España. A comienzos de 1892 los preparativos se aceleraban

y del Solar se inquietaba por los avances de los ecuatorianos. En junio era nombrado miembro de la delegación del Perú en la EHA y en julio se designaba a Ricardo Palma representante en los actos oficiales. Hasta el 7 de octubre, del Solar no recibía la notificación del envío vía Barcelona de una colección de objetos del tiempo anterior a la conquista y, de inmediato, se dirigía a la sede de la exposición para que se le asignara sitio y las vitrinas necesarias y nombraba miembros de la delegación a los señores Álvarez Calderón y de la Puente. Como era imposible que las piezas llegaran a tiempo, optó por recurrir a particulares para que donaran sus colecciones. Afortunadamente Cánovas y el delegado general Navarro Reverter le habían ofrecido, por deferencia especial, la colección que se conservaba en el Museo Arqueológico de Madrid. Como al final se retrasó la inauguración por enfermedad del rey pudieron exhibirse las antigüedades llegadas del Perú. Finalmente la delegación peruana estuvo compuesta por: Pedro Alejandrino del Solar, presidente de la Comisión, primer vicepresidente de la República, ministro plenipotenciario y académico de la Historia; Mario de la Puente y de las Cuevas, cónsul general; José María de Santiago Concha; Ricardo Álvarez Calderón; Ricardo Palma, director de la Biblioteca de Lima, correspondiente de las Reales Academias Española y de la Historia; Germán Aramburú, primer secretario de la legación peruana; y Lorenzo Roselló, delegado técnico (Catálogo Perú, 1892).

Ricardo Palma hizo en la revista *El Centenario* una descripción minuciosa de los objetos, no todo lo valiosos y numerosos que se hubiera deseado porque la guerra con Chile había destruido una parte importante del patrimonio. Se presentaban en tres vitrinas, una octogonal en que se hallaban las piezas que aportaba el Gobierno del Perú y que serían donadas

a España, y otras dos rectangulares con préstamos privados. Sobre la octogonal, descansaba un grupo escultural en yeso representando a un indio convertido al cristianismo que volvía a su hogar y pedía a su esposa que abrazara la cruz, obra del escultor peruano Lorenzo Roselló, que recibió la medalla de oro del jurado competente. En la parte baja se exponían «finísimos tejidos de lana», los mejores de todas las repúblicas americanas. Junto a ellos dos vasos de plata con rostros indígenas y una caja de filigrana de Ayacucho. Entre los objetos de oro había alfileres o topos, mates, huinchas, aretes, pulseras, argollas y, sobresaliendo, una mascarilla que representaba una cabeza de tigre, un idolillo y un alcatraz con las alas abiertas. Pero era la cerámica la principal aportación. Se trataba de cincuenta huacos, con los que el Gobierno iba a iniciar el nuevo museo que supliría al destruido por los chilenos. Procedían de huacas de Trujillo y Chimbote, más uno de Chiclayo y otro de Lurín. Cuatro huacos eran silbadores y otros cuatro mostraban enfermedades venéreas, que no eran desconocidas, por tanto, antes de la conquista. Sobresalía un cántaro en que se veía un ídolo con cinturón de culebras y dos cabezas de tigre, otro en que figuraba un dragón con cola de serpiente y dos que representaban guerreros con diversas armas y tributos. En los dos lados de la vitrina octogonal se reunían los cuarenta huacos de la colección privada del Sr. Emilio de Ojeda, en ese momento ministro de España en Lima, que se habían descubierto en un templo chimú. En cuanto a las vitrinas rectangulares, una de ellas guardaba la colección del italiano Alberto Larco, compuesta por sesenta y un huacos que serían obsequiados a un museo italiano: treinta y ocho pertenecían a la cerámica del norte, del valle de Chicama, y los restantes eran cerámica del centro del valle de

Pachacamac. En la otra vitrina se exhibían ochenta y cuatro huacos de barro negro pertenecientes a la cerámica del norte y veinticinco de barro blanco, algunos con inscripciones jeroglíficas extraídos de una huaca de Chancay. Su propietario era el duque de Almodóvar del Campo, que había sido representante de España en el Perú (Palma, 1893).

Del Solar reportaba que la exposición había sido un éxito y que, para que quedara constancia de su reconocimiento a España, los participantes ofrecieron a Navarro Reverter el donar una serie de objetos, que el delegado agradeció pero no aceptó. Sin embargo, del Solar sabía que Colombia había hecho un importante obsequio al Museo Arqueológico y que otro tanto pensaban hacer Costa Rica y Ecuador; por eso recomendaba a su Gobierno que se sumara a la iniciativa. Así fue y en enero de 1893 Sagasta agradecía el gesto del Perú, una prueba de que los lazos entre ambos países eran fuertes².

Las repúblicas andinas del **Ecuador y Bolivia** tuvieron una participación más exigua. La delegación del Ecuador estuvo formada sólo por Antonio Flores, enviado extraordinario, ministro plenipotenciario en España y ex presidente de la República; Leónidas Pallares Arteta, secretario de la legación, secretario de la Junta General del Centenario en el Ecuador, delegado y jefe de la Comisión; y Luis Moreno Villafranca, cónsul del Ecuador y agregado a la Comisión. El catálogo registraba una colección del Gobierno y varias de particulares con un total de 1327 referencias, que incluían no solo antigüedades sino también fotografías, libros y numerosas monedas y medallas también del siglo XIX. Entre los donantes estaba José María Laso, cónsul de España en

2 Archivo Central del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, Legación del Perú en España, Correspondencia, 6-13 A.

Quito, que obsequiaría cuatro piezas al Museo Arqueológico (Catálogo Ecuador, 1892). Por su parte, Bolivia no envió una delegación especial, la formaron los miembros de la legación en España encabezados por Manuel Argandoña, ministro plenipotenciario. En el catálogo sólo se registran 43 piezas, entre ellas objetos de madera, tejidos, vestidos y gorros de distinta procedencia: Mojos, Cochabamba y Tiahuanaco (Catálogo Bolivia, 1892).

Por lo que respecta al **Uruguay**, recibida la invitación para concurrir a la EHA de Madrid, el Gobierno de Julio Herrera y Obes –presidente constitucional del país, que además inauguró la etapa civilista–, promulgó un decreto el 8 de agosto de 1891, por el que se designaba una Comisión destinada a organizar la participación oriental. La componían, inicialmente, el ministro de Gobierno, Pedro E. Bauzá, el bibliófilo Pedro Mascaró y Sosa, el zoólogo ruso Karl Berg, a quien se había llamado de la Argentina un año antes para organizar el Museo Nacional, su sucesor en el cargo a partir de 1892, el naturalista español José Arechavaleta Balparda, y el antropólogo José H. Figueira. Como presidente y secretario, actuarían los historiadores Isidoro de María y Alberto Gómez Ruano, quienes pronto declinarían sus respectivos cargos. Quedó entonces Bauzá al frente de la Comisión y, como vocal secretario, José H. Figueira, quien fue uno de los pioneros de la arqueología uruguaya y, sin duda, el verdadero artífice de la participación del país en la exposición madrileña.

Bauzá promovió una activa campaña de propaganda por medio de cartas circulares y a través de la prensa con el fin de reunir los objetos que habrían de enviarse a España. Tanto en Montevideo como en el interior, la respuesta fue inmediata y, en aras de una mejor organización, la Comisión comenzó

a publicar en *La Nación* de Montevideo una sección denominada «Correo de la Exposición», en la que daba cuenta periódicamente de la recepción de piezas. Además, fueron designadas varias comisiones especiales, dependientes de la central, que se encargaron de realizar desplazamientos a los sitios arqueológicos principales para recabar otras que habrían de ser expuestas en una primera muestra realizada en Montevideo.

A mediados de mayo de 1892, la Comisión Nacional enviaba al ministro de Fomento, Juan A. Capurro, la memoria de los trabajos realizados con el fin de proceder a su aprobación (Comisión Nacional, 1892). Este informe aclaraba en primera instancia que por las peculiaridades de las etnias aborígenes, fundamentalmente nómadas y guerreras, no cabía pensar que la representación uruguaya contribuyese con piezas monumentales, al estilo de las mexicanas o peruanas, lo cual no demeritaba la aportación nacional. Proporcionaba además numerosos artículos de prensa de todo el país congratulándose de la asistencia del Uruguay a la muestra madrileña. Las notas más entusiastas procedían de los periódicos editados en la campaña que, poseedora de los principales sitios arqueológicos, se sentía apelada en primera persona ante el sempiterno dominio de Montevideo. Sus orgullosos comentarios estaban dirigidos además a obtener el concurso de las autoridades locales y, muy particularmente, de la numerosa colonia española, con el fin de recabar objetos que debían ser remitidos al director del Museo Nacional para su evaluación.

El punto fundamental de la *Memoria* lo constituía el viaje que en diciembre de 1891 realizaron José Arechavaleta y Juan H. Figueira, hermano del secretario de la Comisión Nacional, preparador del Museo y excelente fotógrafo, para realizar

prospecciones en el departamento de Rocha, en la frontera con Brasil. Esta expedición estuvo motivada por el conocimiento previo del que disponía José H. Figueira, que, durante su etapa como inspector de Instrucción Primaria en este departamento, había llevado a cabo levantamientos de algunos «cerritos» –montículos de piedras, actualmente denominados «cairnes» o «vichaderos» (Sotelo, 2014)– en las proximidades de la Laguna Merín. En aquella dirección partió la expedición exploradora el 4 de diciembre. El día 11 se encontraban ya en los esteros del río San Luis, dispuestos a iniciar las excavaciones en los «cerritos» indicados por José H. Figueira. Tras las primeras prospecciones, comenzaron a aparecer restos humanos junto con artefactos ornamentales de concha marina y residuos cerámicos. Posteriormente, con el fin de agilizar los trabajos, la expedición se dividió en dos grupos. El comandado por José Arechavaleta (hijo) y por Juan Figueira se dirigió hacia el Chuy, donde hallaron elevaciones parecidas a las de San Luis. Lo mismo ocurrió en los alrededores de la fortaleza de Santa Teresa y en las inmediaciones de Valizas y del cabo Polonio, donde hallaron importantes cantidades de materiales de los llamados «campamentos» o «talleres de indios»: morteros, piedras de hoyitos, pulidores, boleadoras y hachas. Desde allí descendieron al departamento de Maldonado –José H. Figueira ya había excavado casi diez años atrás en el Cerro de Tupambaé–, efectuando nuevos hallazgos en Punta del Este para regresar después a Montevideo.

La *Memoria* incluye también un interesante trabajo de José H. Figueira, titulado *Los primitivos habitantes del Uruguay* (charrúas, yarós, bohanés, chanás, arachanes y minuanes). Este estudio, que todavía se cita en la producción científica actual sobre el tema, fue redactado a lo largo de varios años, aunque tuvo que finalizarlo de manera apresurada en

mayo de 1892 a causa precisamente de la inminencia de la exposición española. Incluía un detallado mapa etnográfico, también de su autoría, y un cuadro sinóptico acerca de aquellos grupos étnicos. Seguía a continuación un informe arqueológico de todos los descubrimientos hechos hasta la fecha que, por la premura de tiempo, el propio Figueira reconocía como incompleto. Finalmente, figuraba una relación de todos los objetos que la Comisión Nacional había recogido para la exposición de Madrid. Se trataba de una lista numerada de las piezas con su descripción, en la que se adjuntaba el nombre de los donantes o prestatarios y el lugar de procedencia de los hallazgos.

Cabe destacar que la *Memoria* señalaba el apoyo prestado por la legación española en Montevideo, así como la eficaz colaboración en Madrid del ministro plenipotenciario del país, Juan Zorrilla de San Martín –exponente del hispanoamericanismo de talante conservador y del nacionalismo católico tradicionalista laico– quien, sin duda, garantizó también el concurso del clero uruguayo en la recolección de objetos. Asimismo, el periódico católico *El Bien*, que había fundado y dirigido en Montevideo, fue uno de los que más se implicó en la difusión de noticias sobre la existencia de colecciones privadas de piezas arqueológicas susceptibles de ser llevadas a la exposición y, junto con otros medios de prensa afines al Gobierno, salió al paso de las críticas acerca del gasto que supondría la participación uruguaya, planteándola como una cuestión patriótica que no se podía obviar. Zorrilla de San Martín –que tendría una actuación estelar en los actos del IV Centenario celebrados en Huelva donde pronunció un vehemente discurso titulado «El Mensaje de América» al pie del convento de La Rábida– presidió la delegación uruguaya en el certamen madrileño, en la que también se incluían

Eduardo Herrera y Obes, secretario de la legación, y a la sazón hermano del presidente uruguayo, y Pedro Casamayou, cónsul general en Madrid. Desde Montevideo viajarían José Arechavaleta, en ese momento ya director del Museo Nacional, y José H. Figueira. Una versión resumida de los textos de Figueira, personaje de indudable profesionalidad, publicados en la mencionada *Memoria*, fueron utilizados para la elaboración del catálogo uruguayo (Catálogo Uruguay, 1893), incluido en el *Catálogo general* (1892-1893), que contenía 1200 objetos.

Costa Rica, Guatemala y Nicaragua se contaron entre los países centroamericanos que acudieron a la EHA de Madrid. Sin duda, fue Costa Rica la que efectuó el mayor despliegue para concurrir a la muestra que, por otro lado, constituyó un incentivo importante para el desarrollo de la arqueología en esa nación centroamericana, cuyo Gobierno ordenó promover varias excavaciones nada más aceptar la invitación española en 1891. Después de México y de Estados Unidos, fue el país que mayor espacio físico ocupó en el flamante Palacio de Biblioteca y Museos Nacionales. En opinión del etnólogo norteamericano Walter Hough, que integraba la Comisión de los Estados Unidos que acudió a la exposición, la colección arqueológica costarricense era la más interesante y la más completa (Watters y Zamora, 2005). Efectivamente, la Comisión de este país centroamericano, coordinada por su enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, Manuel M. de Peralta, y el director del Museo Nacional de Costa Rica, Anastasio Alfaro, trabajó intensamente para que la exhibición fuese un éxito. Alfaro, supervisor de muchas de las excavaciones realizadas hasta entonces, ya se había ocupado

de la presencia de Costa Rica en la Exposición Universal de París de 1888 y, después de la de Madrid, se encargaría también de la de Chicago de 1893, a donde se llevarían 3000 de las 7000 piezas enviadas a España (Watters y Zamora, 2005). Tal despliegue de objetos, de los que el catálogo especial reseñaba sólo una parte, remitiendo al más completo publicado por la Comisión, procedía de diversas colecciones. Una de las más notables era la del obispo Bernardo Augusto Thiel, presidente de la Sociedad de Estudios Americanistas de Costa Rica, quien las cedió «obedeciendo a sus deseos y a las órdenes de Su Santidad»³. Tal aseveración invita a pensar en la entente mantenida por la Iglesia costarricense y el Gobierno del presidente José Joaquín Gutiérrez, quien acababa de llegar al poder apoyado por el Partido Unión Católica, fundado por la jerarquía eclesiástica. Otras colecciones exhibidas fueron las del llamado legado Troyo, con extraordinarios objetos de oro procedentes de las propiedades de esa familia en la provincia de Cartago y piedras verdes de Guanacaste; la de Juan José Matarrita, que entonces obraba en el Museo Nacional de Costa Rica; la colección Turrialba, formada por piezas que, bajo la dirección de Anastasio Alfaro, habían sido exhumadas justo para la exposición de Madrid en el cementerio de Guayabo (Solórzano, 2001); y la del ministro español en Centroamérica, conocida como colección Arellano, integrada por piezas de la península de Nicoya y otras procedentes de las faldas del volcán Irazú.

Otra parte del formidable acervo arqueológico de Julio de Arellano y Arróspide sería exhibido en la muestra confeccionada por Guatemala. Este país envió una delegación compuesta por el ex ministro de Relaciones Exteriores, Fernando

³ «Centenario de Colón», *La Iberia*, Madrid, 19 de noviembre de 1891.

Cruz; el plenipotenciario en España, José María Carrera; el catedrático de Medicina y diputado, Juan J. Ortega; y Ricardo S. Klee, gerente de la Guatemala Central Railroad, una empresa comprometida con el Gobierno del presidente Reina Barrios. En la EHA exhibió 258 piezas, que formaban parte de la colección del Instituto Nacional de Guatemala; 55 de la colección privada de Joaquín de Minondo y 95 de Arellano.

En Nicaragua, el Gobierno presidido por el conservador Roberto Sacasa designó una Comisión compuesta por Rubén Darío, el español Ramón de Espínola y el hondureño Desiré Pector, representante consular en París y experto americanista, a cuyo frente se encontraba Fulgencio Mayorga, ex ministro de Hacienda y pariente del poeta. Son varios los autores que explican la inclusión de Rubén Darío en la delegación enviada a los fastos españoles en virtud precisamente de esta vinculación familiar. En referencia a la participación de su país en la exposición madrileña, Darío subrayaba el valor patrimonial, artístico y cultural, que, a su juicio, atraía «la imaginación de los poetas» (Darío, 1892). En este texto ensalzaba con su pluma magistral el valor del arte prehispánico de todo el continente, para con ello introducir el particular de su país, contenido en las 1201 piezas que aparecían en el catálogo nicaragüense (Catálogo Nicaragua, 1893) incluido en el *Catálogo general* (1892-1893), entre las que destacaban las pertenecientes a la colección Gavinet. Aludía además, como otro de los valores nicaragüenses, a algunas de las piezas correspondientes a la colección del incansable viajero por toda Centroamérica, el naturalista Carl Bovallius, exhibidas en la exposición por Suecia.

Este país, junto con Noruega, Portugal, Estados Unidos y, por supuesto, España, quedan fuera de esta apretada síntesis acerca de la participación hispanoamericana en la EHA de Madrid. De la misma, se puede concluir que, a fines del siglo XIX, el afán por el coleccionismo se había extendido entre las élites hegemónicas de cada uno de los países del continente, cuyo interés por las culturas indígenas, lejos aún de dejar de ser consideradas como un pasado incómodo, se reducía al puro interés arqueológico típico de las corrientes positivistas imperantes. Aun así, a mayores del fomento de esta ciencia, incentivado en buena medida por la exposición, el deseo de mostrar públicamente los acervos particulares de los pueblos originarios, según las posibilidades de cada país y con algunas excepciones seguramente voluntarias (Muñoz, 2013), ponía de manifiesto la importancia que les concedían como una suerte de reafirmación de la identidad nacional. Los representantes diplomáticos de los países hispanoamericanos en la España de entonces, que en el año previo a la exposición se habían reunido en el domicilio madrileño del mexicano Riva Palacio para organizar los preparativos, así como los miembros de las delegaciones de cada uno de ellos, extrajeron conclusiones positivas y estimaron que todo su esfuerzo había valido la pena⁴. A pesar de que no estaba prevista, la premura con la que se preparó y la limitada presencia de objetos, la EHNE mostró la voluntad de las repúblicas americanas de participar y de dejar en España a través de donaciones un recuerdo material de lo que había sido y era su patrimonio cultural.

⁴ «Centenario del descubrimiento de América», *La Época*, Madrid, 19 de diciembre de 1891; *Expresión de amistad y simpatía al Excmo. Señor D. Juan Navarro Reverter por los Ministros y Delegados de América y Europa en la Exposición Histórico-Americana de Madrid*, 1893. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.

Bibliografía

- CATÁLOGO BOLIVIA (1892): *Catálogo de los objetos que presenta la República de Bolivia a la Exposición Histórico-Americana de Madrid*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.
- CATÁLOGO COLOMBIA (1892): *Catálogo general de los objetos enviados por el Gobierno de Colombia a la Exposición Histórico-Americana de Madrid*. Bogotá: Imprenta La Luz.
- CATÁLOGO COSTA RICA (1893): *Exposición Histórico-Americana. Catálogo especial de la República de Costa Rica*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.
- CATÁLOGO ECUADOR (1892): *Catálogo Especial de la República del Ecuador*. Madrid: Est. Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra.
- CATÁLOGO GENERAL (1892-93): *Cuarto Centenario del Descubrimiento de América. Catálogo General de la Exposición Histórico-Americana de Madrid*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra. 2 tomos.
- CATÁLOGO NICARAGUA (1893): *Exposición Histórico-Americana. Catálogo especial de la República de Nicaragua*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.
- CATÁLOGO PERÚ (1892): *Exposición Histórico-Americana. Catálogo especial de la República del Perú*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.
- CATÁLOGO URUGUAY (1893): *Exposición Histórico-Americana. Catálogo de los objetos que presenta la República del Uruguay a la Exposición Histórico-Americana de Madrid*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.
- COMISIÓN NACIONAL (1892): *El Uruguay en la exposición Histórico-Americana de Madrid. Memoria de los trabajos realizados por la Comisión Nacional encargada de organizar los elementos de concurrencia*. Montevideo: Imprenta artística de Dornaleche y Reyes.
- DARÍO, R. (1892): «Estética de los primitivos nicaraguenses», *El Centenario*, tomo III, pp. 197-202.
- GAMBOA HINESTROSA, P. (1992): «El primer tesoro de los Quimbayas: hace cien años fue obsequiado a España», *Revista Credencial Historia*, edición 30, junio. Disponible en: <<http://www.banrepcultural.org/node/32654>>. [Consulta: 16 de marzo de 2017].
- (1998-1999): «El tesoro de los Quimbayas, un siglo después», *Ensayos. Historia y Teoría del Arte*, 5, pp. 211-230. Disponible en: <<http://revistas.unal.edu.co/index.php/ensayo/article/view/46710/48083>>. [Consulta: 16 de marzo de 2017]
- MARTÍN, P. (1993): «Historia de las adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional», *Boletín de la Asociación de Archiveros, Bibliotecarios y Documentalistas*, 43, 3-4. Madrid, pp. 65-78.
- MUÑOZ, C. C. (2013): «Imaginario nacional en la Exposición Histórico Americana de Madrid 1892. Hispanismo y pasado prehispánico», *Revista Iberoamericana*, XIII, 50, pp. 101-118.
- PALMA, R. (1893): «El Perú en la Exposición Histórica», *El Centenario*, tomo IV, pp. 92-96.
- PASO TRONCOSO, F. DEL (1892-1893): *Exposición Histórico-Americana. Catálogo de la Sección de México*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 2 vols.
- RAMÍREZ, D. (2009): «La Exposición histórico-Americana de Madrid de 1892 y la ¿ausencia? de México», *Revista de Indias*, LXIX, 246, pp. 273-306.
- SÁNCHEZ ALBARRACÍN, E. (2003): *Circunstancias y semejanzas: las voces latinoamericanas del cuarto centenario de 1892*. México: Universidad de Sonora, [CD ROM]. Disponible en: <<https://hal.archives-ouvertes.fr/hal-00425024>>. [Consulta: 16 de marzo de 2017].

SOLÓRZANO, J. C. (2001): «Reflexiones en torno a la historiografía y la arqueología en Costa Rica durante el siglo XIX», *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 27 (1), pp. 83-100.

SOTELO, M. (2014): «Cairnes y vichaderos en las tierras altas del Uruguay», *Revista del Museo de Antropología*, 7 (2), pp. 309-316. Disponible en: <<https://revistas.unc.edu.ar/index.php/antropologia/article/view/9181>>. [Consulta: 16 de marzo de 2017].

WATERS, D., y ZAMORA, O. F. (2005): «World's Fairs and Latin American Archaeology: Costa Rica at the 1892 Madrid Exposition», *Bulletin of the History of Archaeology*, 15 (1), pp. 4-11. Disponible en: <<http://doi.org/10.5334/bha.15102>>. [Consulta: 16 de marzo de 2017].